

# La torre

Allá en los bosques, en los bosques infinitos, allá debía estar. La torre. Allá debía ocurrir. En el cielo brillaba la señal, la primera luna llena del verano. Liz (Miss Elizabeth, en realidad) se escapó por la ventana como la hija díscola de un campesino. Huyó de su casa y del pueblo hasta perderse entre los árboles.

Aquella era una conducta totalmente impropia para una señorita de buena familia como Miss Elizabeth, pero a Liz no le importaba aquella noche. Estaba segura de que nadie la descubriría, y aunque lo hiciesen le daba lo mismo. Estaba obsesionada por la historia de la torre, obsesionada por su leyenda, y debía comprobar con sus propios ojos si se trataba de un cuento infantil. Los ruidos, desde luego, eran reales, cada año por aquella fecha. Y era cierto que Sean McCabe, el viejo trampero, había muerto despedazado y que el Santo Oficio había investigado el asunto, mucho tiempo atrás.

Tiempo. Casi medio siglo ya. Sería difícil encontrar la torre, pero Liz no desistió a pesar de las horas de camino. Era una chiquillada, tal vez, pero al fin y al cabo tenía dieciséis años y podía permitírselo. Su última chiquillada. Jamás podría ser adulta sin haber colmado ese ansia.

Siguió caminando. Pasaron horas de árboles, oscuridad, tierra, y la noche envejeció. Liz siguió caminando hacia donde decían que debía estar.

Los ruidos comenzaron y Liz, aterrada al principio, se dejó guiar por ellos. La madera crujía, y el poderoso aullido hacía temblar todo el valle. Todas sus compañeras de escuela estarían encogidas en sus camas, como ella misma el año anterior. Pero esta vez quería verlo. Y, como ocurre a veces cuando las muchachas piden deseos a la luna llena, su deseo se cumplió.

La torre tenía apenas tres pisos. Parecía un grotesco cilindro de cemento, gris y descuidado. Desde luego nadie había pretendido que tuviese un aspecto agradable. Arriba, el techo cónico era el que más acusaba con sus agujeros el paso del tiempo. Probablemente no aguantaría otro año más sin desplomarse del todo, pero eso carecía de importancia.

En el último piso se veían las huellas de las ventanas, tapiadas con ladrillos. Debía haber sido horrible morir allí. Para cuando Liz había nacido, los procesos por brujería ya eran un recuerdo del pasado. La torre había sido el resultado de uno de los últimos. Allí dentro yacían emparedados los restos mortales de la mujer-lobo. El viejo Joe Dempsey decía haber participado en la cacería. Casi nadie creía en hombres-lobo cuando el trampero Sean McCabe apareció muerto, así que creían perseguir a un lobo corriente. Y aunque las historias de Joe Dempsey no siempre eran de fiar (pues el alcohol era demasiado importante en su dieta desde hacía demasiado tiempo), él juraba que una noche de plenilunio habían sorprendido a dos auténticos licántropos, copulando como humanos pero gruñendo con rostros de fiera.

Lo que sí era seguro era que los cazadores habían aparecido de vuelta en el pueblo una mañana llevando a una mujer desnuda y de aspecto extranjero. Una presunta amante del Maligno. Al principio la metieron en una jaula, y ella no hablaba con nadie, y nadie se atrevía a acercarse demasiado. Y mientras se hacía avisar a las autoridades eclesiásticas correspondientes, el señor McRowan, párroco del pueblo por aquél entonces, mandó construir a las afueras lo que él llamó “una Torre de la Impiedad”, para encerrar a aquella satánica criatura lejos de la gente. La torre era también una hábil trampa ideada por el

ingenioso señor McRowan: si existía otro hombre-lobo, acudiría al oír sus aullidos en la noche, y al acercarse se encontraría con que la torre estaba rodeada de cepos. También se quedarían dentro dos guardianes armados, por si la bestia lograba escapar de las trampas y pretendía liberar a su hembra.

Toda esta historia la conocía Liz desde la cuna, como todos en el pueblo. Y también su terrible desenlace: la tercera noche los dos guardianes se mataron entre sí, al parecer peleándose por los favores de la prisionera. El enviado del Santo Oficio, sir Deacon, llegó a tiempo para hablar con uno de ellos en su lecho de muerte. El desdichado le explicó que ella, la bestia femenina, había recuperado el habla y los había engatusado con lisonjas y proposiciones hasta hacerles perder la cordura, pues su voz, una voz indescriptible, hubiese minado el espíritu más fuerte.

A la vista de los perversos poderes de la criatura, sir Deacon decidió interrogarla personalmente. Al principio ella permaneció muda, como cuando había sido capturada. Pero la torturaron durante varios interminables días, y finalmente dijo cosas. Lo que le murmuró entre dientes a sir Deacon jamás fue hecho público. Sí se supo que no se había arrepentido de sus pecados, y que había maldecido a Dios y a su Iglesia en varias ocasiones. Sir Deacon ordenó descuartizar su cuerpo y emparedar los pedazos en dos pisos diferentes de la torre. Luego, la puerta y las ventanas fueron selladas y la torre fue abandonada para siempre. Sir Deacon proclamó que no existía otro hombre-lobo en el lugar y que por lo tanto ya no había nada que temer. Y se marchó del pueblo. Liz se había enterado de que sir Deacon pidió abandonar el Santo Oficio poco después.

Y al año siguiente, en la noche de la primera luna llena del verano, se oyeron los terribles ruidos por primera vez, y el espeluznante aullido que hacía temblar todo el valle. Y nació la leyenda, la historia del hombre-lobo que regresaba a la tumba de su amada una vez al año, cada año, desde hacía casi medio siglo ya. Desde que era niña Liz había oído el cuento adornado de mil formas distintas, casi siempre con detalles horribles, como que el hombre-lobo lanzaba maldiciones sobre el pueblo o que sacrificaba niños aquella noche. Pero ella no lo creía. Era la única niña de todo el colegio que encontraba romántica aquella historia. Sólo su madre, cuando aún vivía, había logrado comprenderlo. Y su madre una vez le había dicho que el hombre-lobo seguiría acudiendo cada año a la torre por toda la eternidad hasta que se enamorara otra vez. ¿Acaso no había romanticismo en aquella triste historia, o al menos tanto romanticismo como terror? Después de todo nunca se había demostrado que el trampero Sean McCabe no hubiese sido despedazado por un lobo normal.

A pesar de todo, Liz tenía mucho miedo al espiar la torre. Los ruidos seguían acercándose: la madera crujía como si alguien empujase los árboles con rabia, y volvió a oírse el aullido. Quizá fueran románticos pero también asesinos. Liz recordó a los dos guardianes que se habían matado entre sí, y estuvo segura de que ella, la loba, no había sentido compasión por ellos.

Pero pese al miedo, pese a la incredulidad, pese a todo, tenía que verlo antes de ser demasiado adulta, verlo con sus propios ojos. Y, como ocurre a veces cuando las muchachas piden deseos a la luna llena, su deseo se cumplió.

Lo que irrumpió a toda prisa en el claro no podía ser un hombre. Caminaba sobre dos piernas pero no podía serlo. No con aquel pelaje que recubría todo su cuerpo, no con aquellas poderosas garras en las manos, no con aquellas fauces, aquella cabeza más parecida a la de un lobo que a la de un hombre. La bestia alzó su hocico hacia la luna, entreabrió la boca llena de dientes, y Liz oyó el terrible aullido más cerca que nunca en su

vida. Todo su cuerpo tembló como una hoja maltratada por el viento, y mientras dos lágrimas se le escapaban de los ojos sintió que iba a gritar. Pero lo que vio después la detuvo, paralizada por la pura fascinación.

Liz tenía aún mucho de niña, y en sus sueños había visto cosas aún más formidables que el aspecto de la bestia. Eso no podía impresionarla por mucho tiempo. Pero fue entonces cuando el hombre-lobo rompió a bailar, a correr, a saltar alrededor de la torre, absorto en un ritual salvaje que no tenía nada que ver con la civilización humana. El pueblo, y la casa de Miss Elizabeth, no podían quedar más lejos de allí.

El hombre-lobo daba vueltas y vueltas en torno al sepulcro de su amada, vueltas anárquicas entre movimientos anárquicos, violentos, que a veces parecían convulsiones. A veces, como borracho, se precipitaba bruscamente contra la torre hasta chocar contra ella, y seguía corriendo y saltando. En ocasiones el choque eran tan fuerte que el rostro del hombre-lobo dejaba una huella de sangre en la pared gris, y él caía de bruces y arañaba desesperadamente la piedra. En un par de momentos se quedó así, de rodillas, apoyado contra la piedra. Y aunque no se oía nada, parecía llorar.

Y luego, en varias ocasiones, volvió el aullido, y el frío volvió a deslizarse por la columna de Liz. Pero ya no podía marcharse, era demasiado tarde para eso. Estaba embelesada en la contemplación de aquél espectáculo, y lloraba, pero ya no por miedo sino porque pensaba en la mujer cuyo cuerpo había sido cortado en pedazos y emparedado en dos pisos diferentes. Y pensaba en la angustia de aquel monstruo que golpeaba la piedra mil veces, el último golpe tan inútil como el primero, aquella criatura separada para siempre de su amada y que a pesar de todo volvía a por ella, cada año, a tratar de romper su tumba.

A medida que avanzaba la noche, el hombre-lobo dejó de aullar, y cada vez corría menos y pasaba más tiempo de rodillas, a veces golpeando la piedra con los nudillos. Hubo un momento en el que Liz pudo verlo de perfil, jadeando de agotamiento, y asombrada comprobó que su rostro era menos feroz, menos lupino. La bestia se estaba transformando. Y también estaba exhausta. La quimera inmortal, la bestia poderosa y temible, estaba tan destrozada por toda una noche de llanto que acabó por dejar de correr y se tendió boca arriba junto a la torre para recuperar el resuello. Pronto su respiración se hizo demasiado regular. Estaba dormido. El hombre-lobo se había quedado dormido. Liz no podía apartar los ojos de él, de aquel ser que no podía existir pero existía.

Ni entonces ni nunca podría decir Liz cuánto tiempo estuvo inmóvil mirando a la criatura dormir, pero sí recordaría que los pájaros la sacaron de sus ensoñaciones. Eran los primeros trinos y anunciaban que el sol no tardaría en salir. Liz debía marcharse y regresar a su casa. Debía marcharse, sí. Regresar.

Liz salió muy despacio de su refugio tras los árboles. Tras varios pasos dubitativos, al fin puso los pies en el claro. La torre estaba apenas a diez metros. Si el monstruo, si la cosa, si lo que había ahí durmiendo se levantaba de pronto, estaría a menos de diez metros de ella. Seguro que podría alcanzarla antes de que ella volviera a entrar en el bosque, y si por casualidad no podía, seguro que podía correr más deprisa que ella a través de los árboles y alcanzarla. Y seguro que con aquellos dientes le abriría la garganta de un solo bocado y ella moriría antes de tener tiempo de gritar. Sí señor, seguro que sería así. Pero Liz seguía avanzando, un pequeño pasito después de otro. Su corazón no recordaba haber latido nunca así. Y no era sólo miedo.

Liz ya tenía mucho de mujer, y cuando se acercó lo suficiente pudo ver que el hombre-lobo era sólo hombre ahora. Apartó los ojos porque era un hombre desnudo y ella no debía mirar, pero de pronto le pareció un tanto ridículo haber mirado cuando era un

monstruo horrible y no mirarlo ahora, ahora cuando...

Porque en efecto era hermoso, por extraño que pueda parecer. No hermoso como lo son los príncipes, de hecho no había cambiado tanto, y sus facciones eran inconfundiblemente las mismas que las del rostro bestial que había visto al principio. Un rostro tosco, duro y recio; una piel oscura y curtida como la de los hombres que trabajan bajo el sol. Su pecho se agitaba al compás de una respiración profunda pero todavía rápida, sumido en un sueño intranquilo, y ese pecho velludo y moreno no tenía nada que ver con los cuerpos de marfil de los nobles. ¿Por qué entonces le parecía más hermoso que cualquier otro hombre que hubiese visto antes? ¿Por qué notaba que si no se contenía le levantaría los párpados para mirar sus ojos? Agachada junto al rostro del forastero, la respiración de Liz se volvía más agitada en lugar de calmarse.

Y de pronto dos ojos de verde incandescente la miraron, y Liz chilló y cayó de espaldas. Mientras corría hacia el bosque oyó los pasos que la perseguían y supo que sus cálculos habían sido correctos y que la bestia la atraparía. Y se maldijo por no haber escuchado a la parte prudente de su cerebro, por haber ido hasta allí aquella noche, por haberse comportado como una labriega cotilla, por haber olvidado todo lo que le habían enseñado para su bien.

Y la sangre se le heló en las sienes cuando sus terrores se hicieron realidad y la bestia la atrapó antes de salir del claro. Quiso gritar y descubrió que no le quedaba aliento, y se giró hacia el hombre-lobo para encararse con la muerte. Pero el hombre-lobo seguía pareciendo un hombre a secas, y un hombre tan desconcertado como ella misma. Y el sol estaba saliendo perezosamente sin que él le desgarrase la garganta. Se limitó a preguntar:

- ¿Quién eres? -. Su voz sonaba pastosa, ronca, como si hubiese pasado mucho sin dirigirle la palabra a nadie. Quizá medio siglo.

Liz no supo responderle sino con lo obvio:

- Me llamo Elizabeth.

- ¿Cuánto tiempo llevabas espíandome?

- Toda... toda la noche. Ahora tengo que volver a casa.

- No puedo dejarte volver. Los hombres me buscarían y me matarían.

- Te juro que no se lo diré a nadie. A nadie.

El hombre la miró, siempre con la misma expresión incrédula. Ella no podía evitar devolverle la mirada. Entonces el hombre la soltó y se dio media vuelta con aire ensimismado, como si no acabara de creerse lo que estaba haciendo. Sin más, comenzó a alejarse.

Liz miró en la dirección en la que quedaba el pueblo. El pueblo y la seguridad, y sus abuelos, y la escuela, y la comida caliente, y los correveidiles, y sus amigas, y los sermones, y toda su vida desde el segundo en que nació. A sus espaldas oía el crujir de los pasos alejándose.

Se dio media vuelta. El hombre se dirigía ya hacia la otra punta del claro, camino de quién sabía qué senderos y qué refugios. Tratando de no hacer el menor ruido, Liz empezó a seguirle.